ENCICLICA "SUPREMI APOSTOLATUS"

Santísimo Padre:

ATRAVESAMOS por una época azarosa y difícil, sembrada de errores, erizada de peligros, plagada de crímenes, y llena, por decirlo así, de sinuosidades y escarpadas pendientes, donde la planta mas segura y más fuerte, puede resbalar á cada paso, hundiéndonos en un abismo profundo de miseria y degradación. La impiedad se desborda como un rio salido de madre en las lluvias torrenciales, como las lavas de un volcan en erupción; y ya, á cara descubierta, ó bien disfrazada con la careta vil de la hipocresía; ya en plena luz, ó ya á cubierto de la sombra, ella trata con mano negra, de devastarlo todo, de llevar el exterminio á la Iglesia de Jesucristo, blanco eterno de sus emponzoñados tiros. Antisocial por naturaleza, siembra la anarquía mas espantosa, no ya sólo en las sociedades políticas, sino en el seno mismo de las familias, tratando con satánico empeño, de desunir lo que se halla unido, y de separar lo que está fuertemente ligado, bajo la salvaguardia de la ley Divina. Y así como el magnético aliento del reptil asqueroso atrae á las incautas avecillas á su lengua mortífera; ella, vertiendo el veneno de su mandíbula babosa, atrae los miembros sanos de la sociedad, ó mejor dicho, procura atraerlos á sí, para gangrenarlos y reducirlos á la muerte.

¡Ella, sin embargo, la protaganista del mal bajo todos sentidos, nada ha podido ni podrá contra la obra de Dios, contra la Iglesia de Cristo, que permanecerá incólume hasta la consumación de los siglos, pese á sus más crueles y encarnizados perseguidores!

El papado, ese árbol gigantesco, cuya sombra cobija todo un mundo; ese gran baluarte de la fé, cuya primer columna fué Pedro el humilde pescador de Galilea; y que al elevarse, sostenido por el cielo, ostenta hoy en su altura mas prominente, vuestro nombre, nombre laureado, venerado y querido ha sido el sosten poderoso, el pararayo seguro donde se han estrellado los tiros brotados del seno de las tempestades!

Vos, nuestro egregio é ilustre Pontífice, ocupando el solio, vacante por la muerte de Pio IX, en circunstancias terriblemente aciagas,, es decir, cuando la moral y el buen sentido parecian aniquilados por la mano infernal de los sectarios de las tinieblas, habeis dado el grito de «alerta,» al orbe católico, con sábiás é inspiradas Encíclicas, en que se vé marcado el dedo de la Omnipotencia, y cuyas páginas una á una, deseáramos grabar en el corazón de la niñez con rico diamante, para que fuesen ellas allí, imborrables é indestructibles.

¡La niñez.....! tristemente se acongoja el espíritu y se acobarda el corazón, cuando los ojos y el pensamiento se detienen á contemplar ese renuevo de la humanidad; ese plantío de flores, cuyos pétalos purpurinos apénas comienzan á entreabrirse, cuando ya la oruga del mal asecha su tallo para marchitarlas y robarles la riqueza de su aroma! La educación atea se propaga en ese semillero de generaciones! ¡Pronto de ese campo fértil y ruiseño, no quedarán mas que los duros guijarros para cercenar la planta; zarzales informes que harán imposible el paso de la virtud, y el ábrego helado de la inmoralidad dejando tras sí devastación y miseria, llanto y desolación.....!

Ah! pero nó; Vos con mano previsora nos habeis marcado una brecha segura, no desconocida para los católicos; pero quizá descuidada en la práctica: como experto marino habeis buscado una estrella que hiciese rumbo al bajel de la fé, combatido por inmensos oleajes y desatados huracanes!

Esa estrella es María, cuya misericordia ha sido en todos tiempos inagotable para sus hijos; cuya grandeza solo es sobrepujada por la grandeza de Dios y cuya ternura excede á toda la ternura junta de las criaturas criadas.

En la Encíclica «*Supremi Apostolatus*» dirigida á los Prelados del mundo católico habeis demostrado de una manera especial, la gran necesidad que tenemos de honrrar á María Santísima por medio del Santo Rosario. Vuestra alta virtud y acendrado amor por la augusta Madre de Dios, empuñan con diestra mano el timon de la fé, y rasgan los revueltos mares de la impiedad, tornando sus negros turbiones en una estela luminosa, blanca, rizada y apacible, en cuyo fondo descuella majestuosa, la imágen de María. ¡Ella se levanta allí, sonrosándolo todo, como la aurora; bañando el mundo en la luz de su mirada, como la luna llena; invencible, poderosa y fuerte «como ejército en batalla»!

Ah! paréceme oir de vuestros labios estas palabras dulces y consoladoras. «La «gran Madre de Dios, la Vírgen María, es «la que puede alcanzarnos la paz y dispen«sarnos la gracia, colocada como está por «su divino Hijo en la cúspide de la gloria «y del poder.»

Y paréceme tambien contemplaros recorriendo con avidez la Historia de los tiempos, ese gran libro que cuenta la edad del mundo, para deteneros en aquellas páginas en que más ha descollado la iniquidad, aglomerando el combustible del error para encender la hoguera satánica y devastadora con que, en su loco orgullo, ha querido siempre reducir á cenizas nuestros templos, haciendo de nuestras creencias el trofeó de sus glorias.

Y que, en esas páginas que marcan épocas terribles, aunque de gloriosa transición, sonries mirando la radiosa imágen de María, á la Vírgen sin mancha que mereció ser saludada con el sublime y poético, «Ave gratia plena!» á la dichosa Vencedora de Lepanto, á la Mártir divina del Calvario! La veis salvando á su pueblo, como en otros tiempos la graciosa Esther y la valerosa Judit salvaran al suyo!

¡María realiza esas grandes figuras del Antiguo Testamento; pero las realiza de una manera asombrosa é inimitable! Vuestro espíritu se deleita, y en el arranque de la fé mas ardiente empuñais como Santo Domingo de Guzman, el arma invencible del Rosario, y nos la ofreceis seguro del triunfo que con ella ha alcanzado la Iglesia en todos tiempos; pero aun con mas esplendor en los siglos XII y XVI.

¡Bendito sea el Rosario!

Hé aquí pues, que nosotras las preceptoras católicas le pondrémos en el corazon de nuestras alumnas, engarzado místicamente con el oro de la fé. Y mientras la instrucción atea, la ciencia sin Dios, tala los campos de la inocencia en sus mas bellas y fragantes flores, en sus mas ricos y delicados frutos; mientras esa ave nocturna revolotea en torno de ellos, y vierte el veneno de su asquerosa ponzoña para tornar en campo de muerte, en osario pútrido, lo que era vergel de vida; nosotras con el corazon puesto en la Providencia y los ojos levantados al cielo, proseguirémos nuestra obra de salud enseñando á la niñez, antes que todo, aquellas tan conocidas palabras de que: «Fuera de Dios, todo es vanidad y miseria.»

Católicas somos, formamos parte del rebaño de Jesucristo, y por consiguiente, estamos bajo la salvaguardia de María, la Madre sin mancha; la que en todos tiempos ha dispensado á sus hijos inumerables favores por medio del Rosario.

El hogar que carece de esta encantadora y poética devoción tiene la semejanza de un campo árido sin flores ni rocío; sin frutos de suave olor. Flores de incalculable precio son esas cincuenta Ave-Marías engarzadas místicamente con el oro de la fé; flores con que coronamos dia á dia, la frente inmaculada de la Santísima Vírgen, flores con que regamos sus altares y cuyo aroma sube tan alto, que los ángeles le re-

cogen para insensar constantemente el trono augusto de la Trinidad, que se regocija con las glorias de su Amada!

¿Y cuánto más apreciables no serán á los ojos de Dios, si la fragancia de ellas, es destilada del corazón purísimo de los niños, ese coro de ángeles diseminado por la tierra, cuyas blancas alas tienen que romperse al peso de la edad y en lucha con las pasiones?

Nuestro profesorado, Santísimo Padre, nos impondrá desde hoy con mas ahinco la levantada tarea de infundir á la niñez, la acendrada devoción á María, en el santo Rosario; y esta arma poderosísima será el escudo que la guarezca para que creciendo en los campos de Jesucristo sea un glorioso renuevo de las maravillas y grandezas de su Criador. Nuestra voz se unirá á la de las tiernas niñas que se instruyen á nuestra sombra, para invocar á María, único refugio de los desgraciados, único fuerte de los débiles. Y esta divina Madre, toda piedad y misericordia, toda dulzura y toda amor; la que viviendo en la Iglesia eternamente vela sin cesar por ella, llenándola de gloria y haciéndola aparecer fuerte, cuando mas abatida se la juzga; la que destruyó á los herejes Albigenses cuando al sur de Francia, llevaban por donde quiera el exterminio y la desolación; la que en el último siglo conquistó á los cristianos tantas victorias sobre los turcos, no podrá ménos de atender nuestras súplicas, hoy que tanta calamidad herética parece hundirnos bajo su peso, hoy que la nave del Sucesor de Pedro, agitada por rudas tempestades parece próxima á encallar entre los negros arrecifes de la impiedad. No podrá ménos que velar por Vos, como lo ha hecho hasta aquí, conservando vuestra vida en medio de espléndidos triunfos, que como el presente Jubileo de vuestras Bodas de Oro, llenen de honra y gloria la Casa del Señor.

Esto esperamos de María, Estrella luminosa de nuestra borrascosa vida!

Entre tanto, recibid nuestros más fervientes votos de admiración por el acierto, virtud y prudencia con que gobernais al Orbe católico y por los inmensos laureles que vuestros hijos todos, han colocado en el alto pedestal de vuestras glorias; é invocad sobre las Preceptoras Católicas de esta ciudad las bendiciones del cielo para que prosperen en el bien de la niñez.

Por el Cuerpo de Preceptoras Católicas de Guadalajara,

REFUGIO BARRAGAN DE TOSCANO.

LEON XIII SALVANDO AL MUNDO CON LA ORACION.

Largitus est Deus orandi facultatem, qua ille sapienter usus, omnia que ad salutem requiruntur facile impetraret.

(ENCYCLICA «**QUOD AUCTORITATE.**»)

Dios le ha concedido la facultad de orar para que usando de ella sabiamente obtenga con facilidad todo lo necesario para la salvación.

(ENCICLICA «*QUOD AUCTORITATE.*»)

LA impiedad ha pretendido con cinismo inverosímil falsear los actos más sublimes del Pontificado, agotando contra él todos los dicterios de sus enemigos, lo mismo la calumnia vil que el desenfrenado sarcasmo, hasta que á impulsos de un movimiento universal hácia el Santo Padre, ha sido arrollada, y calla confundida por el concierto unánime de los pueblos. Los fieles llenos de entusiasmo pasan sobre ella á postrarse reverentes ante el Jefe de la cristiandad, y aun los que están fuera de su comunión se inclinan hácia él para demostrarle su admiración y sus respetos. Miles de oblaciones, frutos del amor y del ingenio, son aceptadas por el augusto Prisionero del Vaticano con la benevolencia pastoral del Sucesor de San Pedro.

Ese movimiento religioso y social del mundo no podia menos que despertar en esta católica Metrópoli el entusiasmo propio de tan grande fiesta; y yo tambien, humilde hijo de la Iglesia, no puedo menos que volvolver mi vista hácia el Padre comun de los fieles: quiero para consuelo mio, ya que poco agregaré á las glorias del Pontificado, recordar los grandes beneficios que ha hecho al mundo el actual Sumo Pontífice, fijándome para esto en las inmortales Epístolas: «Pontifices Maximi» de 15 de Febrero de 1879, «Militans Jesu» de 12 de Marzo 1881 y «Quod Auctoritate» de 22 de Diciembre de 1885.

Si el Sr. Leon XIII no tuviera más títulos de gloria que esas inmortales Letras en que ha promulgado Jubileos extraordinarios, solas bastarían para circundar su frente de luminosa aureola. Son sus palabras la sublime expresión del cielo revestida de la forma poética de la tierta. La grandeza de las ideas aparece cuando lamenta la opresión de la Iglesia y cuando impulsa la mejora de las costumbres, cuando exhorta á orar y cuando señala como premio el perdón de la culpa y remisión de la pena. Se ve en ellas al sabio y al Santo.

Descubre allí los gravísimos males de que adolece la humanidad actual, y para buscar el remedio y acierto en la aplicación, exhorta á implorar los favores divinos. Sin descuidar los medios humanos, procura alcanzar los auxilios de la Divinidad, únicos capaces de salvar al mundo del cataclismo espantoso del vicio y del error.

Son admirables y oportunas todas las disposiciones del Pontífice reinante. Comprendiendo los avances de este siglo adorador de la razón y excéptico propaga la ciencia que enseña sin vacilar apoyada en la razón y la fé; conociendo la indiferencia religiosa de los Estados y el ateismo de los Gobiernos, minados ambos por sus mismos principios, muestra á los primeros su constitución cristiana y afianza á los segundos tendiéndoles piadosa mano; y viendo que en